

Andrea Izquierdo

Verano en
Barcelona



Ilustraciones de Elena Pancorbo

© de la obra: Andrea Izquierdo, 2020

© de las ilustraciones: Elena Pancorbo, 2020

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.o C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: enero de 2020

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gómez Aparicio Grupo Gráfico

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-17834-36-4

Depósito Legal: M-35885-2019

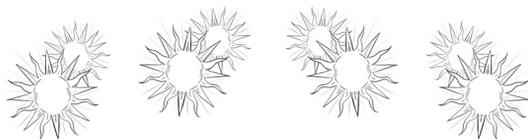
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Barcelona: mi segunda casa y mi primer amor.

Empezar de cero nos da la oportunidad de pensar en el pasado, sopesar las cosas que hemos hecho y aplicar lo que hemos aprendido de esas experiencias en el futuro. Si no analizamos el pasado, no aprendemos de él. (...) Las cosas que nos ocurren, incluso las malas, pueden enseñarnos algo sobre nosotros mismos.

R. J. PALACIO,
La historia de Julian





PROTAGONISTAS



XIMENA



L A I A



ALFRED



TOM



MIREIA



ALFRED

Cuando las campanas de la iglesia suenan seis veces, el mundo se me cae encima. Espero ansioso, entre las centésimas de segundo que separan una campanada de la siguiente, oír una más. Ojalá fueran ya las siete de la tarde. O las ocho, ya que estamos. Exhalo un suspiro mientras su sonido se intensifica, inundando la cafetería de pronto hasta que la puerta vuelve a cerrarse. A pesar de ser miércoles, no paran de entrar clientes. Quizás el buen tiempo les ha animado a gastarse más de cinco euros en una bebida que está de moda porque tiene purpurina, porque la ha anunciado un *influencer* o porque sus colores pegan con su *feed* de Instagram.

Un grupo de chicas esperan ansiosas su turno, riéndose y mirando los carteles que exponen las bebidas que ofrecemos, los precios y las calorías. Una de ellas no despega la cabeza del móvil y se dedica a bloquearlo y desbloquearlo todo el rato, como si estuviera esperando un mensaje importante. La fila de clientes hoy es muy larga y temo que en cualquier momento María me pida que la ayude. Pero,

por fortuna, consigue atenderlos con rapidez, permitiéndome seguir preparando los pedidos a mi aire, de espaldas a la gente, excepto para llamar a alguien cuando la bebida está lista.

—¿Àurea? —digo en voz alta.

Una chica de ojos claros y pelo rizado se acerca al mostrador y me dedica una sonrisa mientras recoge su bebida. Le ofrezco una pajita, pero ella la rechaza. Ha traído su propio termo de casa y lleva una bolsa de tela con el mapa de la Antártida, si no me equivoco. No me gusta juzgar a los clientes por los pocos segundos que llevo a conocerlos, si es que se puede llamar así, pero no necesito mucho más para saber que ella me cae bien.

—Alfred, hazme este con leche de almendra, por favor.

María me saca de mis pensamientos con amabilidad y me pasa un vaso de plástico. Me he vuelto a quedar absorto, mirando a un punto concreto, en mitad de la barra. Parpadeo varias veces y me dispongo a preparar la siguiente bebida. Me muero de hambre porque todavía no he podido comer nada en lo que llevo de día, pero por otro lado las extrañas mezclas que pide la gente me cierran el estómago. ¿Quién en su sano juicio cree que es buena idea tomarse un té verde con leche de almendra y sirope de melocotón? Debería ser ilegal que me dejaran hacer estas cosas. Estoy seguro de que, ahora mismo, estoy a punto de violar varias normas de sanidad al mismo tiempo.

—Alfred, con la de almendra —me recuerda María.

—Sí, sí —le respondo enseguida.

Ya es el segundo toque de atención que me da hoy. María es la persona más fácil de querer del universo, porque siempre está dis-

puesta a ayudar a sus compañeros sin pedir nada a cambio. A mí con frecuencia me ha salvado de varias en el trabajo. Por eso, cuando me toca estar solo con ella en la barra, intento estar lo más despejado posible para no hacérselo más difícil. En realidad, si no estuviera ella aquí, todo sería muy distinto. Sin ella, el trabajo, pese a cansarme, no me resultaría tan parecido a un refugio. En cuestión de meses, se ha convertido en mi mejor amiga.

Los siguientes minutos pasan más rápido de lo esperado y me alegro cuando las campanas de la iglesia vuelven a repicar. Ese sonido es mi única manera de saber qué hora es, ya que no nos dejan utilizar el móvil más que en los descansos y mi reloj se rompió hace unos días.

Me preparo mentalmente para la última oleada de clientes. A partir de las siete, la demanda va poco a poco disminuyendo, hasta que cerramos al público sobre las ocho y media. Se nota que es hora punta porque las conversaciones son cada vez más altas. En la zona de las mesas no queda ni un sitio libre.

Mientras se pica el hielo, me fijo en la gente que ha venido hoy. Detecto enseguida los cuatro perfiles de clientes que más nos visitan. En primer lugar, suelen estar los grupos de chicas de dieciséis años, más o menos, como el que ha venido antes. Se sientan en grupo, piden las bebidas más caras y las acompañan de tartas, en especial la de zanahoria y la *red velvet*. Después está la típica persona que va con los cascos y el ordenador, cargando todos sus dispositivos al mismo tiempo y absorta en las pantallas. Hace ya tiempo que se ha terminado la bebida, pero se queda ahí hasta que los ojos le escuecen y decide marcharse a casa, probablemente a seguir trabajando.

En la lista no pueden faltar los turistas. Este grupo es más dispar, pero todos tienen en común que entran aquí porque esta cadena también existe en su país de origen y así, probablemente, no tienen que pensar mucho a la hora de elegir qué van a tomar. O quizás es por el wifi gratis.

Y, por último, están las parejas. Algunos vienen aquí para su primera cita. Otros, porque ya se han quedado sin ideas y no saben qué hacer, por lo que se dedican a sentarse uno frente al otro, pero sin levantar la vista del móvil.

—El de leche de soja ya está listo, María —le digo en cuanto termina de picarse el hielo y coloco en riguroso orden todos los ingredientes.

Mi compañera se gira, dejando al instante lo que está haciendo, y me dedica una mirada de pánico.

—Es broma...

Le guiño el ojo y sonrío, dirigiéndome a la zona de recogida de bebidas. La persona que ha pedido esa abominación la recoge y me dedica una sonrisa de vuelta, pensando que la mía se dirigía a ella. Sin prestarle mucha más atención, me doy la vuelta y sigo trabajando hasta que en la cafetería entra cada vez menos gente. Como ya casi no recibimos pedidos, me permito un momento de descanso.

—Voy a lavar estos vasos, ahora vuelvo —le digo a María.

No hace falta que añada nada más. Ambos tenemos una serie de frases que son como nuestro propio código secreto. Ir a lavar unos vasos significa que me marcho un minuto al almacén, donde las cámaras de seguridad no funcionan y puedo sentarme un instante a cerrar los ojos y reponer fuerzas. Si le hubiera comentado que iba

a la despensa a por leche, en realidad le estaría diciendo que se fijara en alguna persona concreta de la fila. O si la frase fuera «voy un momento a la despensa a por tres cajas de leche», tendría que fijarse en el tercer cliente, contando desde el mostrador hacia la puerta. Y también hemos establecido otros códigos que no usamos tanto, como «¿a qué hora es el bautizo de tu prima?» para indicar que algo serio está pasando.

Dejo todo recogido, echo un último vistazo a la puerta para asegurarme de que no entra nadie y bajo las escaleras al almacén. El aire acondicionado está tan fuerte en la sala que agradezco que ahí dentro no funcione. Me siento y apoyo la cara en la mesa, llena de facturas de la empresa. Resoplo, cansado. Hago todo lo posible para estirar al máximo los segundos que tengo para estar ahí. Aunque intento descansar, tengo que estar atento por si María me necesita.

Por lo general, nunca consulto el móvil en ese rato, pero decido sacarlo de mi casilla para ver si hay alguna novedad. No me sorprende confirmar que nadie me ha escrito ni me ha llamado.

—¡Alfred!

Suelto un improperio cuando oigo la voz de María desde el piso de arriba. Cojo aire, intentando adoptar una expresión que no refleje mi cansancio, y salgo de nuevo a la barra.

Lo peor de todo es que, aunque esté reventado, tampoco tengo ganas de volver a casa.



XIMENA

Me alegra ver que el cielo de Londres, por una vez, está despejado. El verano aquí no es que sea muy caluroso, aunque algunos días sí que nos deja contemplar el azul del cielo. En cuanto esto sucede, todo el mundo, tanto turistas como londinenses, sacan la ropa de verano del armario, como si llevaran todo el año esperando a que un rayo de sol se asomara para utilizarla.

En mi vuelo he visto a varias personas subir en chanclas. De hecho, la mujer que está a mi lado se las ha quitado y está apoyando los pies en la mesilla plegada. Intento hacer esfuerzos por distraerme mirando a los trabajadores del aeropuerto por la ventanilla, pero me resulta imposible. A pesar de que, afortunadamente, no huelen mal, me da muchísima grima que estén tan cerca de mi cara.

Entre la asquerosa postura de mi vecina de asiento y los nervios, no puedo evitar pensar en Lilian Lago. Lilo para mi hermano y Lily para los amigos (y para todo aquel que no quisiera morir por utilizar su verdadero nombre, que ella odiaba). Ahí sentada, mirando cómo

el avión está a punto de dirigirse a la pista de despegue, pienso en cómo debió de sentirse ella. Lily había dejado atrás una vida casi perfecta en Madrid para ir a estudiar a Londres. Pidió una beca, más bien por estar allí con otra persona que por sí misma, y aquello terminó siendo, como ella misma decía, una de las mejores decisiones de su vida. Lily fue a Londres para intentar recuperar a su ex, con el que yo, desgraciadamente, tuve un encuentro que prefiero olvidar. Sin embargo, las cosas cambiaron y en cuestión de varios meses Lily conoció a los que hoy son sus mejores amigos. Y, por supuesto, a su pareja: Tom Roy, uno de los youtubers más famosos de Reino Unido. Mi hermano.

Si Lily pudo hacerlo, yo también. Eso es lo que me había estado repitiendo durante mis últimos días en Londres. Hablar con ella me había animado, pero al final soy yo quien está ahora mismo montada en este avión de camino a una nueva ciudad: Barcelona.

Mi próximo destino me ilusiona en la misma proporción que me aterra. ¿Cómo se supone que voy a defenderme sola en un país cuyo idioma no hablo? En los últimos meses me he apuntado a clases en español, pero la experiencia no ha sido muy productiva. A medida que iban pasando los días y la fecha de mi viaje se acercaba, sentía que iba a hacer el ridículo. Así que opté por, en vez de hablar poco y mal, no hablar nada. Quizá no había sido la mejor de las decisiones.

Los últimos pasajeros embarcan y el sonido del cierre de la puerta me hace volver al presente. Comienzan las advertencias de seguridad, pero las he escuchado tantas veces que decido por desconectar. Me pongo los cascos y elijo una lista de reproducción aleatoria. Necesito recuperar horas de sueño como sea.

Ni siquiera me entero del despegue. De hecho, me despierto porque estoy teniendo una pesadilla, y un sobresalto me hace abrir los ojos. No sé si me he movido en la realidad, así que intento disimular recolocándome en el asiento. Puede que llevemos ya diez minutos o una hora de viaje, porque por la ventanilla sólo se ven campos. Podríamos estar sobrevolando Francia o quizás a punto de cruzar la frontera. Dejo que mis ojos vuelvan a cerrarse, cayendo por su propio peso, pero no consigo volver a dormirme. El piloto anuncia que aterrizaremos en quince minutos, y desde ese momento me resulta imposible salir del bucle en el que ha entrado mi mente.

Hay tantas preguntas ahora mismo en mi cabeza que no sé cómo puedo seguir pensando con claridad. ¿Cómo será la ciudad? ¿Demasiado bulliciosa para mí? ¿O demasiado aburrida? ¿La gente será agradable? ¿Y mi compañera de piso? ¿Y el piso? Cada pregunta me lleva a otra y no puedo evitar agobiarme. Cojo aire e intento relajar los músculos, a pesar de que mis pensamientos viajen tan rápido como este avión.

Miro el fondo de pantalla del móvil para tranquilizarme. Antes de irme, en el aeropuerto, me hice un *selfie* con mis padres y mi hermano, y él me sugirió que la pusiera ahí para no olvidar que, pasara lo que pasara, nunca estaría sola.

«Tampoco es que Barcelona y Londres estén tan lejos —me repetí—. Si pasara cualquier cosa, podría volver en un segundo. Saldrán unos..., qué sé yo, ocho vuelos al día entre ambas ciudades. O quizá más. Si las cosas se ponen feas, vuelvo».

Mientras me digo mentalmente esas palabras, el avión comienza a descender. Trago saliva para aliviar mis oídos y me pongo nerviosa

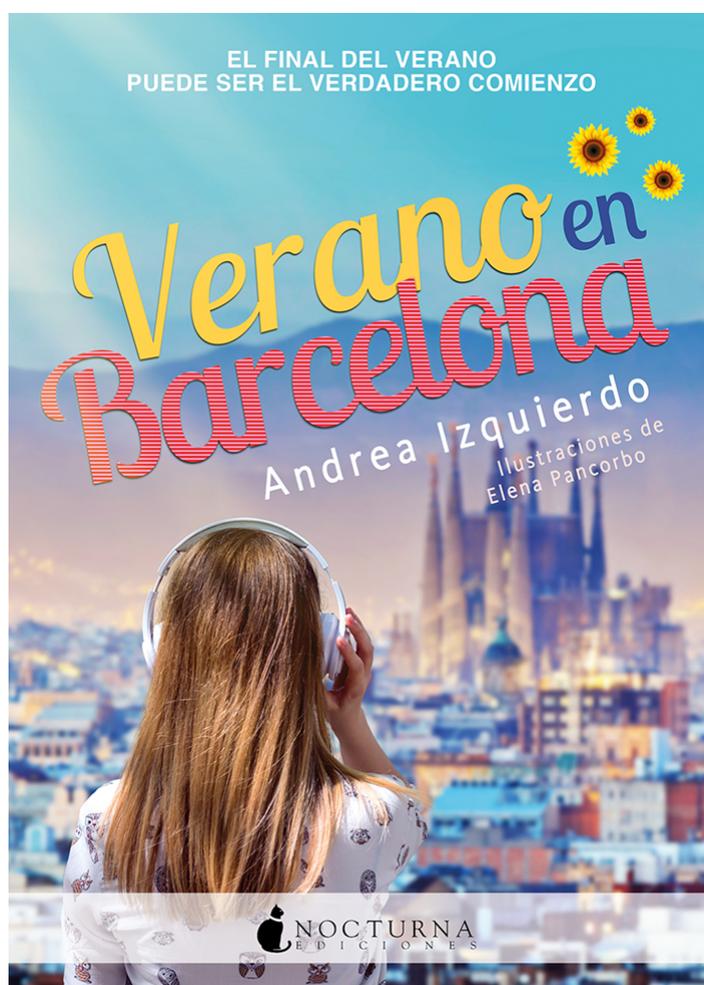
cuando veo que nos acercamos cada vez más al mar y no veo el aeropuerto por ninguna parte. Un pequeño lugar en mi cabeza no puede evitar recordar a Finn...

De pronto, cuando estamos a punto de tocar el agua, la tierra aparece bajo nosotros en forma de pista de aterrizaje. El avión aterriza de forma suave y, en cuestión de segundos, con la maleta llena de material de dibujo y la cabeza de dudas, ya he llegado a la que será mi casa durante los próximos meses.

SIGUE LEYENDO

Verano en Barcelona

Andrea Izquierdo



ISBN: 978-84-17834-36-4 | PVP: 16,00 € | A la venta: 13-1-2020

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com